

Descubrimiento del Río Amazonas

En los primeros días de enero de 1541 y obsesionado por la idea de encontrar el fabuloso **País de la Canela**, Gonzalo Pizarro, cumpliendo órdenes de su hermano Francisco, empezó los preparativos de una gran expedición para ir en busca del quimérico país.

Para asegurar el éxito de la aventura Pizarro incluyó en la misma a don [Gonzalo Díaz de Pineda](#), quien anteriormente ya se había adentrado en las regiones orientales, y había descubierto varios lugares y establecido las poblaciones de Sumaco, Quijos y Cosanga. Llamó también al ilustrado religioso fray Gaspar de Carvajal y a uno de los más valientes conquistadores: El Cap. Francisco de Orellana.

Pizarro no pudo contener su impaciencia, y sin esperar la llegada de Orellana -que había salido de Guayaquil el 4 de febrero-, el 25 del mismo mes inició la marcha hacia las verdes regiones orientales, dejando instrucciones precisas para que Orellana le dé alcance en las cercanías del volcán Sumaco, descubierto anteriormente por Díaz de Pineda.

«La expedición constaba de unos doscientos veinte españoles, cuatro mil indios, unas cuatro mil llamas que portaban alguna carga y servirían para proveer de leche todos los días y, su piel les serviría de abrigo, unos dos mil cerdos, a más de dos mil perros de caza y muchos caballos de repuesto, que habían sido adelantados con algunos oficiales e indios, que ya habían aprendido a manejar los caballos»

(Galo Román S.- Ecuador: Nación Soberana, p. 68).

A mediados de marzo, luego de una apurada y agotadora marcha en la que tuvo que sostener varios combates con las tribus

belicosas que le salían al paso, Orellana logró dar alcance a Pizarro en el lugar acordado. Juntos, y luego de soportar un terrible terremoto que aterró no sólo a los indígenas sino también a los valientes y audaces expedicionarios, emprendieron nuevamente la marcha avanzando a través de la inhóspita selva, cruzando turbulentos ríos, y sufriendo el constante acoso de tribus hostiles, fieras e insectos, que diezmaron a gran número de sus hombres.

Durante más de diez meses los expedicionarios vagaron perdidos en la inmensidad de la selva, y sólo gracias a su valor y ambición lograron sobrevivir a las enfermedades y fiebres tropicales que acabaron con la vida de casi todos los indígenas. Las riquezas podrían estar un poco más adelante, y en su afanosa búsqueda, con sus espadas cortaban ramas y árboles para poder avanzar, y construían endebles puentes para cruzar los ríos y continuar su marcha. Finalmente y casi al borde del agotamiento, llegaron a las orillas de un caudaloso río de aguas poco tranquilas: El Coca.

Sacando fuerzas de flaqueza los expedicionarios iniciaron la construcción de una pequeña pero sólida embarcación en la cual podrían continuar su viaje por el río. Los españoles trabajaron febrilmente y en las condiciones más precarias, pues no tenían las herramientas necesarias y tuvieron que fabricar hasta los clavos para poder, luego de dos meses, concluir una embarcación a la que pusieron el nombre de "San Pedro" en homenaje al apóstol de los pescadores.

A bordo de ella navegaron varios días hasta que llegaron a la unión de los ríos Coca y Napo. Entonces, y considerando que ya no tenían alimentos y que hasta los caballos y perros habían sido devorados con gran apetito para poder saciar su hambre, resolvieron que Orellana continuaría río abajo en busca de alimentos, mientras Pizarro esperaría su regreso en las riberas del Napo: Acordaron, eso sí, que la expedición de Orellana no se extendería a más de doce días.

Así, el 26 de diciembre, acompañado por fray Gaspar de Carvajal y aproximadamente 60 expedicionarios entre españoles e indios, Orellana emprendió su desplazamiento por las aguas del Napo. Varios días después llegó al río Curaray sin poder encontrar alimentos, y cuando se propuso regresar, la fuerte corriente del río se lo impidió y sus compañeros se opusieron terminantemente amenazando desobediencia y motín: Ante esta circunstancia, Orellana decidió continuar la odisea.

Los expedicionarios navegaron durante más de un mes a merced de la corriente, hasta que finalmente, el 12 de febrero de 1542 sobrevino lo inaudito..., lo fantástico: El Napo desembocó en un apacible coloso de agua dulce que, enmarcado en un maravilloso paisaje de verde follaje e inmensos árboles florecidos, les ofrecía la fecunda riqueza de sus frutos.

Inicialmente fue llamado "Río San Francisco de Quito", pero meses más tarde, mientras continuaban navegando hacia el mar, el 24 de junio fueron atacados por la tribu de las Icamabas, integrada solamente por mujeres intrépidas y guerreras, por lo cual Orellana le dio el nombre de "Río de las Amazonas".

Finalmente, el 25 de agosto, luego de un año, seis meses y veintiún días, los expedicionarios llegaron a la desembocadura del inmenso río en el Atlántico.